

¡Venerables Hermanos! Sea que nos conceda el Señor, como á Josué, pasar este Jordán, sea que la muerte nos sorprenda como á Moisés, acampados en su ribera izquierda, no olvidemos que somos los atalayas de Israel.

Que no enmudezcan las trompetas argentinas de los levitas, ni cesen los gritos de alerta en nuestro campamento. Al eco de sus notas sonoras, nos hemos congregado en derredor del Venerable Pastor de la religiosa Guadalajara. Quiera el cielo que, guiados por él, giremos siete veces en torno á la ciudad de Satán, y penetremos en ella como conquistadores, saltando sobre sus derribadas murallas.

Apresura ese día venturoso, bienaventurado Pascual. Preside las reuniones que hoy inauguramos. Si algo ves torcido, llama fragorosamente á nuestra puerta, como acostumbrabas hacerlo en tu sepulcro. Si caminamos rectamente, háznoslo saber con los suaves golpecillos que solías. Protege al Representante del Augusto Pontífice, que tan dignamente nos acaudilla: inspira á los Prelados, salva al Congreso y al pueblo creyente.

Así sea.



PLÁTICA

DE INTRODUCCIÓN Á LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, DIRIGIDA AL CLERO

LA NOCHE DEL 10 DE NOVIEMBRE DE 1906.

BIBLIOTECA CENTRAL



NO es esta, por cierto, la vez primera que oís mi voz en los ejercicios espirituales. Siempre que he podido hacerlo, sin temor de cansaros, ó lo que es peor, de causaros daño en vez de provecho, obligándoos á oír mis palabras de vosotros sobrado conocidas, me ha agradado dirigirme en persona á mi clero, en sus esfuerzos para alcanzar la perfección. No usurpo en esto funciones ajenas. Desde el tiempo de San Ignacio fué práctica común el ir instruyendo en el modo de *dar* los ejercicios, no sólo á los miembros de su naciente Compañía, sino á muchos del Clero secular, y hubo tantos que se iniciaron en esta apostólica tarea, que Pedro Fabro escribía de esta manera, desde Parma, viviendo todavía su Jefe y Fundador: «De los Ejercicios ya no sabemos hablar, porque tantos hay que dan los Ejercicios, que no sabemos el número; todo el mundo los quiere hacer, hombres y mujeres; súbito como un sacerdote es ejercitado, él los da á otros.»

Lo que desde el principio sucedió con los individuos, se extendió más tarde á casi todas las familias religiosas y congregaciones modernas. Estamos acostumbrados á ver á Felipenses ú Oratorianos, á Pasionistas, Liguorinos, Barnabitas y otros muchos regulares, dar con grande éxito los Ejercicios de San Ignacio. En Roma, los sacerdotes de la Misión, que aquí llamamos Paulinos, tienen el privilegio exclusivo de darlos á los ordenandos. En las alturas de la Alvernia, donde San Francisco recibió la impresión de las cinco llagas, sus hijos acogen á los clérigos, enviados por los Obispos á hacer los ejercicios.

En la misma Roma, ha quedado la memoria de dos célebres tandas de ejercicios, dirigidas por dos insignes varones; modelo de elocuencia el uno, dechado el otro de santidad. Me refiero á la que, desde el púlpito de San Andrés del Valle, predicó en 1848 el célebre Padre Ventura de Ráulica, con asistencia, por orden de Pío IX, de todos los Generales de órdenes, incluso el de la Compañía de Jesús, cuyo hábito acababa de trocar el predicador por el de San Cayetano. Los otros ejercicios, que aunque más remotos, están más frescos en la memoria de los Romanos, son los que dió San Leonardo de Puerto Mauricio, hijo de Francisco, nada menos que al Sumo Pontífice Benedicto XIV, cuyas genialidades inolvidables trató de moderar el Santo, á instancias del mismo doctísimo Papa.

Pero ni los más austeros varones, ni los más elocuentes predicadores, ni los más perfectos ascetas,

pueden tener las ventajas del Obispo cuando predica á su propio clero en el fondo de la soledad, y en la intimidad de la familia. Aunque ni su experiencia en general, ni su facundia, ni su fama de santidad personal, lo iguale con los hijos de San Ignacio, de San Felipe ó de San Pablo de la Cruz, dedicados exclusivamente á este ministerio, su autoridad y el conocimiento que tiene de sus súbditos, suplen con creces á las cualidades que pueden faltarle.

Ninguno más deficiente que el que os habla. Lo confieso sin afectación, y ojalá me engañara; pero mi conciencia me lo dice á las claras. Y con todo, he tenido la alta satisfacción de oír á un venerable religioso, decirme asombrado, después de unos ejercicios que había yo dirigido: «Sólo el Prelado propio puede hablar así. Imposible es para nosotros expresarnos con tanta franqueza y al mismo tiempo con tanta caridad; con tanto imperio y tanta dulzura; con tal aplomo y tanta delicadeza; con tal sencillez y con efecto tan seguro.» Casi en los mismos términos, y quizá con mayor admiración, me habló una religiosa, y eso que se trataba de señoras del mundo, pero todas mis diocesanas.

Esta convicción que tengo, de la eficacia de la palabra episcopal, por deficiente que sea bajo otros aspectos, es la que me mueve á ponerme una vez más á vuestra cabeza en las espirituales batallas que vamos á librar contra Satanás. Y eso que ya mis años son muchos, y mis quehaceres se han multiplicado de

tal suerte, que, como suelo decir en tono de broma, pero muy de veras, apenas me bastarían para desempeñar debidamente mis funciones, días de 48 horas y años de 24 meses.

En la introducción á los ejercicios que os dí el año de 1897, os abrí sin rebozo mi mente acerca de los ejercicios de San Ignacio. Os hablé largamente de su método, del orden de sus meditaciones, de sus diversos intérpretes. Corre impresa, y os aprovecharía el volverla á leer; pero hay todavía más que decir sobre asunto tan importante, y voy á haceros algunas reflexiones sobre su origen y desenvolvimiento, que os serán útiles en el actual retiro, y más útiles cuando á vuestro turno llenéis el oficio de directores.

El libro de los Ejercicios, tal como lo conocemos, no es precisamente el mismo que salió de Manresa. El P. González de la Cámara, preguntó á San Ignacio, un año antes de su muerte, acerca de la manera como lo había compuesto. «Él me dijo (así escribe dicho Padre) que no había compuesto los Ejercicios de una sola vez, sino que según que observaba en su alma algunas cosas, y las hallaba útiles, y le parecía que podían ser también útiles á los demás, las ponía por escrito; por ejemplo: lo de examinar la conciencia, con aquel método de las líneas, etc. Sobre las elecciones especialmente, me dijo que las había sacado de aquella variedad de espíritu y de pensamientos que tuvo en Loyola, estando aún enfermo de la pierna.»

Si, pues, el libro mismo sufrió modificaciones, no es

maravilla que en el transcurso de tres siglos las haya padecido el método de darlos, sin que por esto dejen de ser Ejercicios genuinos de San Ignacio. A los principios los daba un director á un solo ejercitante. Más tarde se adoptó el sistema de reunir á varios ejercitantes en una casa, tal como ahora se practica. En Méjico, desde el principio, fueron muy numerosas las tandas, y bien sabéis que en algunos lugares llegan á reunirse varios miles. Así como los primeros Franciscanos se sirvieron de cuadros y de imágenes para enseñar á los indígenas los principios de la Religión, así los primeros Jesuítas prefirieron á las sólidas y razonadas meditaciones, sermones terroríficos acompañados de representaciones exteriores que hirieran la imaginación y avasallaran los sentidos de un auditorio rara vez ilustrado. Los Felipenses, que después de la pragmática sanción de Carlos III, los substituyeron en esta apostólica empresa, conservaron fielmente las tradiciones, y hasta hace muy pocos años no se concebían los ejercicios espirituales entre nosotros sin la obscuridad perfecta, el embozo hasta las cejas, aun en refectorio, el suelo por cama, y, sobre todo, la disciplina diaria.

Y no iban, por cierto, descaminados. Escuchad lo que refiere el ya citado Padre González de la Cámara: «Hablando el Padre (San Ignacio) conmigo de los Ejercicios del Abad, me dijo lo que sigue: Primeramente, que ahora ya no valía nada, hablando del rigor con que se daban los Ejercicios al principio; que entonces ninguno los hacía que no estuviese algunos días sin comer, y

que ahora esto no se atrevería á consentirlo más de un día á algún sujeto recio, aunque de lo pasado no tenía algún escrúpulo. Todos los primeros Padres hicieron los Ejercicios exactamente y ajustados, y el que menos abstinencia hizo, estuvo tres días sin comer ni beber ninguna cosa, excepto Simón, que por no dejar sus estudios y no andar bien sano, no dejó su casa ni hizo ninguno de estos extremos, sino que le daba el Padre las meditaciones, etc. Fabro hizo los Ejercicios en el arrabal de San Jaques, en una casa á mano izquierda, en tiempo en que el río Sena se pasaba con carretas por estar helado, y aunque el Padre tenía esta advertencia de mirar en los labios si se pegaban para comer, si no comía el que se ejercitaba, cuando examinó á Fabro, halló que ya hacía seis días naturales que no comía ninguna cosa, y que dormía en camisa sobre las barras que le trajeron para hacer fuego, el cual nunca había hecho, y que las meditaciones hacías sobre la nieve en un patio. . . . Maestro Francisco (Javier), ultra de su abstinencia, grande, porque era en la isla de París uno de los mayores saltadores, se ató todo el cuerpo y las piernas con una cuerda reciamente, y atado, sin poderse mover, hacía las meditaciones.»

Quien tenga noticia de estas austeridades, y las compare con la lenidad que hoy día prevalece, se verá tentado á dar crédito á un moderno escritor, que dice, que si S. Ignacio se levantara de la tumba, se quedaría asombrado del modo con que ahora se practican sus Ejercicios. Yo soy de otra opinión. Me parece, por

el contrario, que han vuelto á su primitiva pureza. Ya no se contentan los directores con la primera semana, como fué práctica casi universal por dos siglos, si hemos de juzgar por los manuales que corren impresos, sean sus autores Jesuítas ó no. Con excepción también de esas numerosísimas tandas á que he aludido, se pone especial cuidado en la dirección individual, que es en lo que estriba la diferencia específica de los Ejercicios de San Ignacio, y los retiros que desde el principio de la Iglesia se acostumbraron.

Comparan los peritos en la materia, los Ejercicios de San Ignacio á un método de cura. Sirven, dicen, las medicinas, como quiera que se ministren; pero la dosis, la periodicidad, el orden, el método con que se propinan en una cura en regla, influyen eficazmente en la restauración de la salud y de las fuerzas.

Mucho me complace esta comparación, y voy á amplificarla y aplicarla á nuestras circunstancias. Hay un célebre balneario en Europa, en que el período fijado para la cura es de cuatro semanas, como en los Ejercicios. La introducción al método escrito que se entrega al enfermo, parece tomada del libro de Manresa: es indispensable el apartamiento de los negocios, el dominio sobre las pasiones, la calma en los afectos, la reconcentración en sí mismo. La abstinencia es verdaderamente monástica; el aislamiento, aunque en medio de la multitud, casi eremítico; el método de vida de una regularidad matemática. Aquí también hay su vida purgativa, iluminativa y unitiva. Aquí también el médico

es un verdadero director que prescribe minuciosamente lo que ha de practicar el paciente: que abrevia ó prolonga tal ó cual semana, en que se bebe de manantiales más ó menos eficaces; que aumenta ó disminuye ó pone fin á las privaciones.

Ahora bien, allí igualmente era el método severo en extremo hace unos veinte años; hace diez ya se permitían algunas diversiones, y se mostraban más indulgentes los médicos; en los últimos años, el rigor ha disminuido todavía más; y sin embargo, las mismas enfermedades se curan allí eficazmente, y se recobra la salud; y casi, casi, se torna á la vida. Es que vale más una medicina y un método, adaptados á la naturaleza del paciente, y á sus fuerzas, y á sus hábitos, y á sus disposiciones, aunque sean más suaves y más variables, que no un remedio de esos que llaman de *patente*, que se aplica lo mismo al gigante que á la niña tísica, al atleta que al anciano ya cercano á la tumba.

Otro tanto acaece con la cura espiritual de los ejercicios; y por tal motivo, desde el tiempo del mismo S. Ignacio, fué relajándose el primitivo rigor, que en tiempo del P. Bartoli, después de un siglo apenas, rayaba en suavidad, y hoy día, en algunos lugares, ha degenerado hasta el exceso. Conozco más de un sitio en que los ejercicios del clero se hacen en un hotel, y el miserere, cantado al són de la disciplina, se ha substituido con el juego del billar.

Y, sin embargo, son todos estos y pueden llamarse ejercicios de S. Ignacio, pues se sigue el orden de sus

meditaciones, y hay la correspondiente división en semanas, y se dan los mismos consejos, y el que es de fuerte complexión y ánimo esforzado, se entrega también á la penitencia corporal. Más bien me ocurren algunas dudas sobre otras costumbres muy generalizadas en nuestros días. ¿Es muy conforme al espíritu de S. Ignacio lo que voy á practicar en estos ejercicios, es decir, darlos y tomarlos al mismo tiempo? ¿Aprobaría S. Ignacio, si resucitara, el que el superior ó superiora de una comunidad, ó el Prelado de una diócesi (pues á mí también es aplicable la censura ó la duda), practiquen los ejercicios, solos, sin director especial, para estar libres cuando los hacen en común sus respectivos súbditos? A otros más competentes dejo la respuesta.

Debo, sí, resolver vuestras dudas acerca del presente retiro. He tomado por modelo las *retraites pastorales*, tan comunes en Francia y en Bélgica. No he querido que haya trastornos en mi Catedral ni en las parroquias de la ciudad, y al mismo tiempo he ordenado que los practiquen conmigo todos los sacerdotes del clero secular que en ella moran. Para conciliar una y otra exigencia, habrá que prescindir de mil pormenores, útiles, si no indispensables, para el fruto de los Ejercicios. El silencio no podrá ser perfecto; pero tampoco lo observó el Duque de Gandia en los primeros ejercicios que lo convirtieron en Francisco de Borja. Tendréis que hacer la primera meditación de la mañana en vuestro domicilio habitual, y allí tomar vuestras refecciones. Pero, como habéis visto, en su

casa del arrabal de San Jaques Simón hacía sus meditaciones, y por cierto, que en el helado patio. Si este digno compañero de San Ignacio no interrumpió sus estudios, ¿qué mucho que vosotros os entreguéis á vuestras acostumbradas tareas ministeriales? Veis, pues, que lejos de apartarnos de las normas trazadas por San Ignacio, imitamos lo que él hizo á los principios.

Estas observaciones sólo atañen á los externos. Los que se encierran en este Seminario, y no son tan pocos, ninguna novedad extrañarán en el horario. Únicamente las horas de rezar el Oficio Divino serán las mismas que en la Catedral; y el tiempo dedicado á la lectura espiritual será quizá más largo que de ordinario.

Comparando un autor contemporáneo los Ejercicios del tiempo de San Ignacio con los de nuestros días, se expresa de esta manera:

«Hoy hacen los ejercicios, tanto hombres como mujeres, y al hacerlos, y después de haberlos hecho, todo queda poco más ó menos como antes. Esto no se concebía en la época primitiva, y, digámoslo así, heroica de los Ejercicios. Jamás se concibió el hacerlos, sin experimentarse una conmoción íntima y profunda, una absorción y trastorno de todas las facultades, una especie de encantamiento, como decían, de todo el ser y naturaleza humana.»

No sé hasta qué punto sean exactas estas observaciones, por lo que atañe al resto del mundo; pero por lo que toca á nosotros, son de una precisión asombrosa. Nos hallamos aquí reunidos, viejos y jóvenes, sa-

cerdotes ordenados hace medio siglo ó poco menos, y levitas salidos ayer del Seminario. Todos hemos practicado muchas veces los Ejercicios, y bajo diversos directores. ¿Y qué fruto hemos sacado? ¿Qué ejemplos hemos dado después de cada retiro, á los pueblitos que esperaban vernos salir transformados? La misma negligencia, la misma frialdad, los mismos defectos, las mismas pasiones, quizás los mismos vicios, han salido á relucir después de cada tanda, quizás aumentados á medida que la edad y la repetición de las mismas verdades nos han ido volviendo indiferentes. ¿Qué Carlos Borromeo, qué Javier, qué Juan Capistrano hemos visto salir de nuestras filas? Y entre tanto la muerte se acerca á pasos de gigante, y la eternidad amenaza absorbernos de un momento á otro.

En medio del desaliento que tales reflexiones tiene que inspirarnos, no me resta más que dirigiros, con todo el ahinco de que soy capaz, las palabras que escuchasteis arrodillados en vuestra ordenación de subdiáconos: *Si usque nunc fuistis tardi ad Ecclesiam, amodo debetis esse assidui. Si usque nunc somnolenti, amodo vigiles. Si usque nunc ebriosi, amodo sobrii. Si usque nunc inhonesti, amodo casti.*

